

un pretexto legítimo para mezclarse en la cuestión de la sucesión bávara y prometió al elector de Sajonia apoyar sus exigencias alodiales. Cuando el Austria notificó después a las cortes extranjeras sus pretensiones, el convenio, y la marcha de las tropas, publicó el rey de Prusia su nota de 7 de febrero de 1778, en la cual se oponía a todas las pretensiones del Austria, incluso las que se referían a los feudos bohemios del Alto Palatinado, diciendo que de los feudos del Reino solo podía disponerse previo acuerdo de los electores, debiendo por lo tanto cesar toda ocupación militar. Por consejo del canciller de Estado, José dió a la nota una contestación más mesurada, pero más enérgica. Rusia se inclinaba más al lado de la Prusia y de la Francia, pero se mantenía en una prudente reserva, y el embajador francés en Viena decía a Kaunitz que no era aplicable a aquel caso la alianza austro-francesa. María Teresa suplicaba en continuas cartas a su hija, la reina María Antonieta, que, por parte de Francia no se opusiese obstáculo alguno a la política austriaca; pero no había que esperar de Francia un auxilio directo en caso de guerra. La política francesa había cambiado notablemente desde la muerte de Pompadour y sobre todo desde la de Vergennes, ministro del Exterior.

Por lo demás, ni la política austriaca ni la prusiana tenían seguridad alguna ni en los fines ni en los medios. En Austria, el emperador José deseaba conquistar toda la Baviera aunque fuese trocándola por los Países Bajos, y María Teresa y Kaunitz consideraban ese proyecto como desventajoso y de difícil realización. Carlos Teodoro, hombre pusilánime, no se encontraba bien en Munich y parecía inclinado a una permuta con los Países Bajos, pero no era fácil sacar nada en claro de él, pues el antiguo partido bávaro se oponía a tal proyecto. Cuando el Austria, fija la vista en la comarca ocupada, pidió que escudriñaran los archivos de 1353, los antiguos funcionarios bávaros supieron dilatar el exámen y Austria hubo de ceder muchas aldeas y distritos. María Teresa decidió ocupar todo lo que era justo y razonable en virtud de los tratados, pero no quiso «conservar ningún territorio bávaro que no le correspondiese de derecho.» En su consecuencia los Estados de la Baja Baviera prestaron su juramento sin obstáculo alguno. Con Sajonia no podía el Austria llegar a un acuerdo, a pesar de que las negociaciones se habían entablado con el duque Alberto de Sajonia Teschen. El elector contestó siempre con evasivas y llegó hasta rehusar la neutralidad para el caso de guerra.

La política de Prusia fué también, durante los primeros meses, insegura y vacilante. El gabinete austriaco no podía comprender que el anciano rey, por amistad hacia el duque de Dos Puentes y al elector de Sajonia, entablara tan difíciles negociaciones, ó que tirara de la espada para defender la constitución alemana. Mientras los ministros aseguraban que el rey nada ambicionaba para sí y que solo se presentaba como protector de Dos Puentes y de Sajonia, llegó a la corte de Viena la noticia de que Federico tendía a un engrandecimiento de su nación, pues había manifestado, en las negociaciones con Luis Cobenzl, que quería adquirir de Sajonia, por medio de una permuta ó arreglo, la Alta ó la Baja Lusacia y una parte del territorio sajón en la orilla izquierda del Elba (1). El príncipe Enrique de Prusia estaba, con asentimiento del rey, en íntimas relaciones con Cobenzl, pero en Austria se exageró la influencia del príncipe, sin contar con que el rey dirigía por sí la política exterior y que a los príncipes y ministros solo les confiaba la ejecución de sus planes. En Prusia consideróse, ya en el mes de abril, inevitable la guerra, comenzando a hacerse grandes preparativos

(1) Beer, obra citada 143-145.

para ella. También los hacía con febril actividad José II, mientras que María Teresa pensaba con horror en la lucha y no confiaba ni en sus aliados ni en la fuerza militar del reino. Según ella, contando el ejército austriaco de 30 a 40,000 hombres menos que el prusiano, debían llamarse las tropas de Hungría, Galitzia y de los Países Bajos; en tal situación eran casi de temer las confederaciones que el patriotismo podría organizar en Polonia y en cuanto a Hungría era también de recelar el peligro de una nueva guerra ruso-turca. «Se trata, decía en una carta (2), nada menos que de la ruina de nuestra casa y de la monarquía, y por tanto de un trastorno general en toda Europa. Todo está en juego. Aun cuando nuestros ejércitos fuesen vencedores, a nada conduciría esta ventaja: dos ó tres batallas ganadas no nos conquistarían ningún círculo en Silesia, para lo cual serían necesarios muchos años y muchas campañas. En 1757 hemos hecho de ello prueba suficiente para convencernos de que no tan fácilmente se destruye a nuestros enemigos. Si la guerra estalla, que no se cuente para nada conmigo, pues me marcharé al Tirol para terminar allí mis días en el mayor aislamiento y para no ocuparme en nada más que en llorar la triste suerte de mi casa y de mi pueblo.»

Las consecuencias de todo esto fueron algunas cartas de José II al rey de Prusia, una serie de despachos con distintas proposiciones y las infructuosas negociaciones con Prusia que se entablaron en Berlín y en Viena desde 1.º de mayo hasta 3 de julio de 1778 (3). Las primeras cartas muestran ya el desacuerdo que entre el rey y el emperador existía respecto de la cuestión en general. Cuando José II envió un proyecto de tratado al rey de Prusia, este declaró que, como a miembro de Alemania, se veía obligado a defender los privilegios, las libertades y los derechos de la Confederación alemana, así como la constitución electoral que limitaba el poder del jefe del imperio; y que la ocupación de la Baviera había sido un acto de violencia, pues el emperador no podía disponer de los feudos del Imperio a su capricho, como dispone el Sultan de las *timarias* (bienes feudales turcos), debiendo por lo tanto ser indemnizados el duque de Dos Puentes, la Sajonia y el Mecklemburgo (4). A esto contestó José diciendo que, en la cuestión bávara, no había procedido como emperador, sino en nombre de su madre y como rey de Bohemia y archiduque de Austria: que, como tal, había firmado con otro miembro de la Confederación, el elector del Palatinado, heredero legítimo, un tratado, y que el duque de Dos Puentes no tenía derecho alguno, mientras viviese el elector, a declararse heredero. El rey de Prusia replicó, en 20 de mayo, que el Austria podía conservar todo el territorio fronterizo, al Norte desde el Danubio hasta las fronteras bohemias y al Sur la corriente del Inn hasta Salza, debiendo devolver lo restante al elector, indemnizándole con el Limburgo y la Güeldres; que los feudos del reino en Baviera debían pasar a manos de esta, y a las de Sajonia Mindelheim, los feudos de Suabia y una parte del Alto Palatinado; mas para esto era necesario que hubiese una completa reciprocidad, en virtud de la cual el Austria no podía, en ningún caso, oponer obstáculo alguno a que los principados de Franconia, ó, de acuerdo con la Sajonia, la Alta y Baja Lusacia, se unieran a Prusia. El emperador consideró estas proposiciones «inaceptables y perjudiciales», diciendo que mientras Prusia, con la posesión de la Lusacia, obtendría una ganancia considerable, el Austria debería, a cambio de dos pequeños territorios bávaros, ceder a Limburgo, Güeldres, Mindel-

(2) A José, 14 de marzo de 1778, II, 186-191.

(3) Arneth, X, 363-437.

(4) 14 de abril, a José: *Obras*, VI, 208.

heim, todos los feudos alemanes y bohemios y el derecho de retracto que tenía sobre la Lusacia. El Austria podría consentir en la cesión de la Lusacia a cambio de toda la Baviera; por la mitad de esta consentiría en la de la Baja Lusacia, indemnizando de su pérdida al elector y comprometiéndose además a no oponer obstáculo a la unión de Austria y de Baireuth ó a la permuta de estos territorios. El emperador creía que el rey de Prusia difícilmente se decidiría a hacer la guerra y que presentaría nuevas proposiciones. «Por lo demás, escribía a su madre, estoy preparado para todo, menos para someterme a ninguna ignominia por resultado de esta cuestión.» José exhortaba de continuo a María Teresa a que se mantuviera firme, mientras esta temiendo en gran manera una guerra general, la gran devastación del país y la falta de dinero, adulaba al emperador y apelaba a su patriotismo y a su amor a sus hermanos y cuñado. «La monarquía, decía en una carta, ha caído de un modo lamentable en poder de mujeres y necesita de toda tu actividad y de tu auxilio. ¡Déjame gozar en paz de los pocos días que me restan de vida (1)!» «Nunca, añadía más adelante, consentias en permutar los Países Bajos, dichosa comarca que nos es tan útil y nos proporciona tantos recursos. Ni Prusia ni Francia verían con buenos ojos nuestra posesión; por eso debemos contentarnos con el territorio bávaro limitado por el Danubio y por el Inn con la frontera que se extiende desde Waldmunchen hasta Kufstein, incluso las salinas.»

A estos diálogos de los soberanos siguieron las negociaciones de los embajadores y ministros, en Berlín entre Cobenzl y el príncipe Enrique y su privado, el barón de Knyphausen, y en Viena entre Kaunitz y el embajador prusiano, barón de Riedesel. La situación de Kaunitz era muy difícil, a causa de la diversidad de pareceres que reinaba entre la emperatriz y José II: el canciller se inclinaba más a este y se mantuvo durante algún tiempo, completamente alejado de María Teresa; mas para contentar a la emperatriz acabó por presentar nuevas proposiciones que hicieran posible la paz. Sin embargo, en aquella época, José II era la fuerza impulsiva de la política exterior; y aunque también deseaba la paz, quería que descansara en las bases de «decisión formal, equidad y reciprocidad completa.» A este fin, hizo una nueva tentativa cerca del rey de Prusia para ponerse con él de acuerdo proponiéndole, por mediación de Cobenzl, que Prusia consintiese en que el Austria conservara las comarcas ocupadas en Baviera, en cuyo caso el gobierno austriaco no opondría dificultad alguna a la anexión de los principados de Franconia; ambas potencias se pondrían de acuerdo respecto de las exigencias alodiales de Sajonia y del Palatinado, comprometiéndose además a protegerse mutuamente para una futura permuta de la Baviera y de la Lusacia. No haciéndose mención del duque de Dos Puentes en este proyecto y negándose el elector de Sajonia a entablar negociaciones para la cesión ó permuta de la Lusacia, Federico II consideró la última declaración del embajador austriaco como un *ultimatum*, y se decidió a comenzar la guerra, ordenando a su embajador en Viena, en 3 de julio, que declarara que el Austria no tenía derecho alguno sobre Baviera, que todo cuanto se refería a Auspach y a Bayreuth era cuestión de las dos líneas, mayor y menor, de la casa de Brandeburgo y que no siendo posible ningún arreglo, apelaba a la fuerza para impedir una repartición de la Baviera. En la mañana del 5 de julio, el rey Federico pasó por Nachod, con una parte de su ejército, la frontera bohemía.

Las largas negociaciones entabladas en la cuestión de la sucesión de Baviera presentan, en la forma y en el fondo, el

(1) A José, 22 de mayo, 2 de junio, II, 255-260.

carácter desagradable de una política de gabinete dirigida a repartirse los fuertes entre sí los bienes de los débiles. El pueblo, sus tendencias, sus intereses para nada eran tenidos en cuenta; el territorio era solo apreciado por las contribuciones que pagaba; el derecho histórico era relegado al segundo término; el emperador alemán obraba como soberano del Austria y el rey de Prusia hablaba, como un emperador, de la defensa de la Constitución y de la libertad alemanas. Al propio tiempo estalló una polémica entre sabios é ignorantes que desenterraron la cuestión bávara de las profundidades de los archivos. No menos de 288 libros se escribieron sobre el asunto, y ya en 1778 se imprimieron 52 memorias. En Göttinga, un profesor explicaba la historia de Baviera-Straubingen, y el profesor Heyrenbach de Viena, pronunciaba discursos acerca de las condiciones estadísticas é históricas de la cuestión de la sucesión bávara. Los principales escritos salían de los mismos gabinetes y se controvertían mutuamente, como en un pleito civil. El embajador prusiano Riedesel entregó a la corte de Viena una obra titulada «Consideraciones acerca del derecho de la sucesión bávara.» El duque de Dos Puentes y el elector de Sajonia examinaron sus derechos fideicomisarios. Las principales obras austriacas publicadas por el consejero áulico Schrötter discutían el derecho del emperador sobre los feudos imperiales, el del rey de Bohemia sobre los feudos bohemios y el de la dinastía de Austria a la parte tantas veces mencionada de la Baja Baviera, así como el derecho que tenía un Estado del Imperio de negociar pacíficamente con otro.

Durante las negociaciones, desde abril hasta junio de 1778 se hicieron los aprestos de guerra, de suerte que en mayo ya se encontraban frente a frente ambos ejércitos convenientemente dispuestos: el austriaco contaba 170,000 hombres. El cuerpo principal de este ejército mandado por el emperador, acampaba al Nordeste de Bohemia, a la orilla derecha del Elba, desde Königgratz hasta Leitmeritz: las dos alas estaban mandadas la izquierda por Laudon y la derecha por Lacy. Junto al emperador se encontraba el archiduque Leopoldo, que había regresado a Austria para tomar parte en la campaña. Un segundo ejército, en Moravia, mandado por el duque Alberto de Sajonia Teschen y por el mariscal conde Hadik, fué llevado a Bohemia, dejando en Moravia un pequeño cuerpo de tropas. El príncipe Alberto el 9 de abril y el emperador José en 11 se pusieron al frente de las suyas, pero no encontraron terminados por completo todos los preparativos. Los regimientos de los Países Bajos y de la Lombardía no habían llegado todavía y el material de guerra no era aun suficiente, pues faltaban acémilas, almacenes y otras cosas esenciales. Por fortuna, tampoco estaba muy preparado el rey de Prusia, el cual además temía verse repentinamente atacado por los austriacos (2). Su ejército era tan fuerte como el austriaco y el cuerpo que mandaba el príncipe Enrique y que operaba desde Sajonia a Bohemia, debía recibir todavía un aumento de 22,000 sajones. El rey tenía la ventaja de la ofensiva, pues el ejército austriaco no quería, por consideraciones políticas, aparecer como agresor; pero su posición era tan segura, que el emperador José exhortaba a su madre a que esperara y se mantuviera firme. Sin embargo, desde los primeros combates, y a pesar de haberse retirado el rey de Prusia, modificó su opinión y escribió a la emperatriz que el ejército enemigo era más fuerte que el austriaco y que el rey era un gran militar; que el Austria se veía sin aliados; y que, por tanto, no debiendo contar sino con sus propias fuerzas, era preciso hacer cuanto antes una leva de 40,000 hombres, aun cuando para ello debiera apelarse a la insurrección hún-

(2) El duque Alberto, *Diario de la campaña*, 1778, 1789.

gara ó á mercenarios extranjeros. «Considero un deber, añadía, hacer esto presente á Vuestra Majestad y desear ardentemente, como buen patriota, que se lleve á cabo: quiero aplicar á ese objeto cuanto tengo y poseo y la fuerza exterior de mi espíritu y de mi cuerpo.» El duque Alberto creyó también que este plan era el mejor y pintó la situación como muy crítica, pues el enemigo era mas fuerte, mas experto y mas atrevido. Cuando por los desertores que diariamente llegaban del campamento prusiano se supo que el enemigo no tenía tampoco hechos todos los preparativos necesarios, los generales austriacos se reanimaron un poco.

Entre tanto, María Teresa, despues que hubo recibido la primera carta de José reanudó las negociaciones con el rey, dando así el primer paso hácia la paz. Aconsejada por el canciller de Estado, envió á Moravia y al cuartel general á un negociador de confianza, el baron de Thugut, que le recomendó Kaunitz. Thugut salió de Viena el 13 de julio llevando un salvoconducto, que le proporcionó el embajador ruso á nombre del consejero de la legacion rusa Rosdorf, y provisto además de plenos poderes generales. María Teresa escribió de su propio puño y letra una carta á su antiguo enemigo, manifestándole cuánto le disgustaba la guerra y cuánto cuidado le inspiraba la suerte de sus dos hijos y de su yerno, y añadiendo que deseaba reanudar las negociaciones y que el portador de la misiva, Thugut, tenía poderes para ello. La emperatriz notificó al propio tiempo al emperador la mision de Thugut, y previendo que de aquí había de surgir un nuevo conflicto con José, añadía que su encanecida cabeza podría resistir todos los males y que sin temor podían echarse sobre ella todas las culpas. Tal noticia desconcertó en extremo á José, pues veía no solo la necesidad de abandonar la lucha, sino también la desconfianza con que se le trataba. Escribió, pues, á la emperatriz (15 de julio): «Solo he hablado del deseo de hacer la paz y esto lo he hecho por mediacion extranjera. No me queda ya mas que abandonarlo todo y retirarme á Italia, sin volver á Viena.» También participó á Laudon que la emperatriz había mendigado la paz del rey de Prusia, manifestándole cuánto le disgustaba aquella humillacion y cuán «vergonzoso y despreciable» era para la honra del Estado. Para demostrar que no había tenido participacion alguna en aquel paso, quería dirigirse á Florencia sin pasar por Viena, pero Laudon le disuadió de que llevara á cabo tal intento, aconsejándole que mostrara gran entereza de alma y que, durante la paz, se dedicara á corregir las faltas del ejército, que por sí mismo había podido observar, reorganizándolo de tal suerte que pudiese mas adelante utilizarlo contra cualquiera potencia vecina. José se hallaba tan acostumbrado á obedecer á la emperatriz, que al día siguiente se rindió á estos consejos. «Un súbdito, un hijo, escribió á su madre, debe sufrir todo lo que le mortifica: espero que no siempre he de verme obligado á olvidar mis deberes personales y á cubrir de oprobio la dignidad de que estoy revestido.» Por algun tiempo, la emperatriz y su co-regente estuvieron recelosos del efecto que produciría la carta enviada al rey de Prusia y de la contestacion que tendría. Thugut se avistó con Federico (16 de julio) en el cuartel general de Welsdorf, en la Bohemia septentrional, y habló con él dos veces. El rey manifestó la consideracion que le debían el emperador y la emperatriz, pero se abstuvo de dar una contestacion definitiva; solo anotó en la misma hoja de papel en que la emperatriz le había hecho las proposiciones algo relativo á Sajonia, al Mecklemburgo y á los principados de Franconia, manifestando, al propio tiempo, el deseo de que la corte de Viena le enviara un mapa de Baviera en el cual estuviesen marcados los territorios que el Austria quería adquirir ó ceder. En sus conversaciones, se refirió á la paz de Westfalia,

añadiendo que, como miembro del Imperio, debía defender las libertades alemanas, que las pretensiones del Austria eran injustas, que el duque Alberto V de Austria había renunciado expresamente á la posesion de la Baja Baviera, etc. Cuando regresó á Viena Thugut, el rey de Prusia, no habiendo recibido contestacion con la prontitud que deseaba, envió, en 28 de julio, á Viena una minuta ó ante-proyecto para la paz, en la cual se proponía que el Austria devolviese á Baviera todos los territorios que tenía ocupados, conservando, en cambio, la línea interior desde Passau hasta Wildshut; que renunciara á todos los derechos feudales del Alto Palatinado y de Sajonia, indemnizara al elector de esta con la cesion de Mindelheim, entregara un millon de thalers, reconociera al duque de Dos Puentes como futuro sucesor de Baviera y no se opusiese á la anexion de los principados de Franconia á Prusia, ó á la permuta de estos por la Lusacia. María Teresa no podía aceptar tales condiciones por mucho que deseara la paz, especialmente las que á Dos Puentes y á la Lusacia se referían. Además la emperatriz deseaba también, por medio de la anexion del Tirol, extender sus fronteras hasta Kufstein. Cuando Thugut llegó por segunda vez (6 de agosto) al cuartel general de Welsdorf, el rey no consideró admisibles las proposiciones que le hacia el Austria. En su opinion la reversion de los Principados de Franconia á Prusia era una cuestion dinástica exclusivamente prusiana; el elector de Sajonia se había negado á ceder la Lusacia y las condiciones de paz debían ser notificadas á la Rusia. Para tratar de la cuestion de la extension de los territorios de Baviera dirigió al embajador austriaco á su ministro. En efecto, Thugut se avistó en 13 de agosto con Hertzberg y Finckenstein, en Braunau, pero estos le manifestaron que el rey no quería consentir en la extension hasta Kufstein ni en la cesion de las salinas de Reichenhall. Thugut regresó á Viena, en 20 de agosto, convencido de que el rey de Prusia no deseaba, por de pronto, llegar á un acuerdo.

Las negociaciones quedaron, pues, interrumpidas y continuó la guerra, que fué mas de maniobras que de lucha. Ya á fines de julio había penetrado en Bohemia, por Komotau, un cuerpo de ejército prusiano, que amenazaba á Praga. En un principio invadió el territorio bohemio el príncipe Enrique; Laudon se retiró al Isar, sin librar batalla, y el emperador temía ya por la seguridad del cuerpo principal de su ejército, cuando de repente Federico se retiró, en 19 de setiembre, por Trantenau á Silesia. El príncipe Enrique evacuó también la Bohemia y sentó su campamento en Pirna. Ninguno de los dos contendientes parecía tener muchas ganas de guerrear. Las dolencias corporales del anciano rey, las pérdidas sufridas por el ejército prusiano y la miseria de las comarcas montañosas de Bohemia, habían motivado aquella retirada general (1). Los austriacos habían sufrido, en un principio, grandes pérdidas; Laudon estaba desesperado de su retirada y presentó su dimision; el mismo emperador temía verse acometido por ambos lados y vacilaba de continuo entre continuar la guerra ó aceptar la paz: sin embargo, permaneció al frente del ejército y se negó á intervenir para nada en las negociaciones pacíficas. «Vos tenéis, escribía á su madre, el poder en vuestras manos y podéis hacer lo que bien os parezca; pero yo no quiero ni puedo permitir que se me acuse de haber deseado aquello que considero como un oprobio y una ruina del Estado.» Declaró, además, que aceptaría como ley cuanto se le dijera, pero añadió que la guerra no podía continuar si no se aumentaba el ejército con 40,000 hombres y si no se apelaba á todas las fuerzas del Estado. La emperatriz era presa de la desesperacion, del tormento y

(1) Schöning, *La guerra de sucesion de Baviera*, 1854.

de la desconfianza, y llegó á un extremo tal que, en 25 de julio, escribía á José (1): «Éramos una gran potencia y ya no lo somos: tenemos que inclinar la cabeza y procurar, por lo menos, salvar los restos y hacer á los pueblos que nos quedan mas felices de lo que han sido durante mi desdichado gobierno.» Ni la retirada del enemigo ni los triunfos conseguidos en algunos combates pudieron mejorar esta situacion. Kaunitz se opuso á todo trance á que continuara la guerra; no creía probable la reconquista de Silesia y del condado de Glatz; de Francia no había que esperar auxilio alguno y en cuanto á Rusia era seguro que mas bien protegería que combatiría al rey prusiano. Opinó por tanto que se reanudasen las negociaciones y se suavizaran las pretensiones del Austria. Así se hizo, y con la intervencion de otras potencias se evitó que comenzara una nueva campaña.

Desde que se habían roto las hostilidades, Austria y Prusia habían procurado, cada cual por su lado, atraerse á su partido á Rusia y á Francia. Prusia había logrado que Rusia se comprometiese, no á prestar un auxilio armado, sino á instar vigorosamente á la corte de Viena á que se sometiera. La enérgica declaracion de la emperatriz de Rusia, que en 20 de octubre presentó á la corte de Viena el enviado ruso Gallitzin, hizo pesar la influencia rusa en la cuestion alemana y especialmente en la bávara. La emperatriz rusa no consideraba bastante fundadas las pretensiones del Austria y las creía atentatorias á lo dispuesto en la paz de Westfalia; por lo cual teniendo en cuenta el gran peligro que amenazaba á la Alemania y á la Europa entera, creía que María Teresa debía llegar á un acuerdo con el rey de Prusia y demás interesados en la cuestion y la invitaba á pensar seriamente en lo que debía al interés de sus Estados y al de los demás príncipes amigos. Mientras Kaunitz y María Teresa trabajaban para que Francia hiciese igual declaracion á Prusia, Francia y Rusia se pusieron de acuerdo para intervenir por medio de un Congreso en la cuestion austro-prusiana, y así lo declararon Rusia en Viena y Francia en Berlin. María Teresa no era partidaria de un Congreso, pero Kaunitz aprobó la idea y el mismo José deseaba entonces la paz, á pesar de haber aumentado su ejército hasta 386,000 hombres. María Teresa se sometió por fin y despues de algunas vacilaciones consintió en la intervencion de Francia y de Rusia, suplicando á la czarina que lograra se firmase cuanto antes un armisticio. De modo que, á lo menos, se había conseguido que Rusia, de aliada de la Prusia se hiciese mediadora, contra todos los deseos del rey Federico. Durante el invierno entabláronse una serie de negociaciones para sentar las bases de la paz, á pesar de lo cual continuó la guerra, bien que en pequeña escala. El rey procuró arrojar á los austriacos de la Alta Silesia; estos penetraron en el condado de Glatz, y Federico ordenó una expedicion á Bohemia, hasta Brüx, dirigiéndose él en persona hácia Reichenbach, para estar cerca de sus tropas hasta que se hiciera un armisticio.

A propuesta del rey de Prusia, se designó á Teschen, ciudad de la Austria-Silesia, como punto de reunion de los plenipotenciarios de todas las cortes interesadas en la cuestion. El Congreso duró desde marzo hasta mayo de 1779. Rusia estaba representada por el príncipe Repnin, Francia por su embajador en Viena, Austria por el conde Felipe Cobenzl primo del embajador austriaco en Berlin y Prusia por el baron Riedesel. El elector de Baviera envió allí al conde Türring-Seefeld, el de Sajonia al conde Zinzendorf, y el duque de Dos Puentes al baron de Hofenfels. Las negociaciones se entablaron con gran dureza y desconfianza, procurando cada embajador sacar á toda costa triunfantes los intereses del go-

(1) *Correspondencia*, II, 367, 369.

bierno á quien representaba ó de sus aliados. Así por ejemplo el de Rusia trabajaba en pro de Prusia y el de Francia en pro del Austria. El rey de Prusia deseaba que se rescindiera el convenio con el elector del Palatinado y el delegado de Dos Puentes quería ser considerado como parte contratante. Sajonia pedía 40 millones de florines á título de herencia; el elector de Baviera solo ofrecía 4; y Austria ambicionaba la línea interior hasta el Tirol. Por fin, agotada la paciencia de todos, llegóse á un arreglo haciéndose mutuas concesiones. María Teresa aceptó el convenio y en el día de su cumpleaños (13 de mayo de 1779), fueron firmados en Teschen los tratados. El rey de Prusia tuvo la cortesía de ordenar que aquel mismo día las tropas prusianas evacuaran los territorios austriacos que ocupaban. Nadie se mostró tan contento del resultado como María Teresa: «Hoy, dijo, he terminado gloriosamente mi carrera con un *Te-Deum*: harto me cuesta lo que con alegría he aceptado por la tranquilidad de mi reino; lo demás no durará mucho tiempo.» El Austria conservó la comarca bávara que se extiende entre el Danubio, el Inn y el Salza, y devolvió todo lo demás al elector del Palatinado, incluidos el Alto Palatinado y los feudos bohemios y francones del Imperio. El Austria renunció al convenio de 3 de enero de 1778; Sajonia recibió 6 millones de thalers y los derechos feudales bohemios en Sajonia, y en cuanto al Mecklemburgo se le declaró libre de la Cámara imperial. Prusia nada pidió, teniendo solo puestos los ojos en la union de los principados de Franconia. Francia y Rusia garantizaron la paz, á la cual se adhirió el Imperio germánico en virtud del decreto imperial de 28 de febrero de 1780, á pesar de haber votado en contra Salzburgo, Wurtemberg y el círculo de Suabia. El territorio bávaro, que había sido cedido al Austria, abarcaba 40 leguas cuadradas; comprendía 60,000 habitantes y fué agregado, con el nombre de comarca del Inn, á la provincia del Alta Austria. La toma de posesion tuvo efecto en mayo de 1779, despues de haber hecho María Teresa y José todo lo posible para facilitar á los súbditos el ingreso en el nuevo Estado. El emperador José, despues de un viaje circular por Bohemia, visitó aquella hermosa y rica comarca (octubre de 1779) deplorando únicamente no haber podido adquirir también á Passau ó por lo menos la fortaleza de Obernberg (2).

El rey de Prusia se mostró también contento de la paz. Aunque la guerra le había costado 29 millones de thalers y 20,000 soldados y con ella no había obtenido una ventaja inmediata, había logrado lo que se había propuesto al comenzar la lucha, pues el Austria no se había engrandecido mas que con un pequeño territorio, Baviera conservaba en conjunto su integridad, el duque de Dos Puentes sus esperanzas sobre Baviera, y Prusia toda su preponderancia en el Norte de Alemania. No puede decirse que la paz de Teschen destruyera la enemistad y desconfianza que de antiguo existían entre Austria y Prusia, antes bien la peligrosa tension en que vivían los dos grandes Estados de Alemania se puso nuevamente de manifiesto aun en vida de María Teresa, cuando esta, en la eleccion de coadyutor de Colonia, propuso para obispo á su hijo menor Maximiliano. El rey de Prusia presentó otro candidato, el príncipe de Hohenlohe; pero no pudo hacerle triunfar porque los cabildos de Colonia y Münster se coligaron en pro del archiduque, quien fué elegido coadyutor en Colonia (6 de agosto de 1780) y en Münster (16 de agosto del propio año) despues que el Papa hubo declarado su capacidad para ser elegido y le hubo dispensado de las órdenes mayores. María Teresa quedó muy satisfecha de este resultado, pues no solo había alcanzado para

(2) Arneth, X, 661-663.